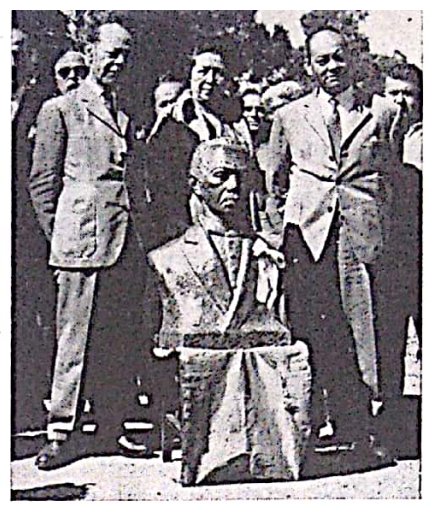


querida!", y que tanto se popularizó, aun con el agregado de cinco estrofas que un autor oficioso agregó a las nueve originales de Bettinoti.

De torneador de tacos de madera para zapatos Luis XV, José Bettinoti, nacido en Buenos Aires, en 1878, se lanzó a riesgosa carrera del payador, que era como cambiar gloria por indigencia. Triunfó sin hacer, por supuesto, fortuna. Permaneció pálido y taciturno aun en sus momentos de más brillo, voladora la amplísima corbata negra, lacio el cabello, afilado el rostro. Lo consumieron la noche y la tisis. Ya moribundo, se alzó aun, para decir a su compañera: "¡Coraje, María!..". Su sueño yace bajo la losa que exornan barroicamente, en la Chacarita, su busto, una guitarra de mampostería, un funerario paño de rigidez escultórica. Manuel J. Aparicio, caudillo mitrista del barrio de San Carlos, lo protegió con gesto que el payador agradeció. Bettinoti cantó composiciones de Andrés Cepeda, el oscuro presidiario conocido con el alias policial de "Cantos tristes". Valses de penetrador romanticismo finisecular "¡Qué me habrán hecho tus ojos", entre otros, con aquel conocido comienzo: "tu diagnóstico es sencillo/ sé que no tengo remedio", o bien otros de impacto popular entrañable, como el que empezaba: "Como quiere la madre a sus hijos" ... calan hondo en el sentir del pueblo.

Payadores, payadas: viejos cafés, con sus sillitas de Viena; tabladillos improvisados y pobres. Olor de jazmines en las tapias de ayer ... Algo —mucho, seguramente— de Buenos Aires llega con ellos en el recuerdo, permanece con ellos ...



Familiares de Gabino Ezeiza, junto al busto del payador, en el Cementerio de Flores (1960)



Etiqueta de un disco de Bettinoti

# MATADEROS Y SU IMAGEN DE LA TRADICION GAUCHESCA

Por JOSÉ BARCIA

Cuando Manuel Búba, en "Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires" describe los caminos de acceso a la capital del virreinato del Río de la Plata en la época de la colonia, destaca que el que procedía del Sur, por el Paso de la Noria, luego de atravesar las chacras de Letamendi, Rufino y Arroque, se unía al llamado de Las Tropas, cuyo rumbo se encontraba más al Oeste, por donde discurría el arroyo Cildáñez —ahora recluso, como el Maldonado, en una cilíndrica cárcel de cemento—, cerca de los Mataderos de Liniers. A partir de ese punto, continuaba con el nombre de "Camino de la Arena", costeano el Riachuelo y en su derrotero debía cruzar la Chacarita de los Franciscanos.

No cuesta mucho imaginar la geo-

grafía agreste y solitaria de aquellos parajes, situados poco menos que en uno de los extremos del mundo para quienes se afincaban en las inmediaciones de la Plaza Mayor. Configuraban la pampa desmesurada de llanura y desolación, y si no se puede agregar desértica, era porque aquella senda polvorienta poblábase por momentos de las voces roncadas de los arrieros y de los quejumbrosos mugidos de vacas y terneros. Habría de transcurrir largo tiempo antes de que el paisaje silvestre fuese devastado por el empuje civilizador y la arremetida edilicia, porque todavía a principios del siglo actual no era sino una ínsula que, aunque perteneciente al ejido ciudadano, regíase por un estilo de vida rural, con todos los hábitos propios

del hombre que ha hecho de su libertad una suerte de imperio personal absoluto.

Ahora, claro, Mataderos compone, como los demás barrios porteños, la imagen del adelanto urbano, con calles pavimentadas a las que alumbra de noche la luz de los focos y el relampagueo de los carteles comerciales, edificios de departamentos, escuelas, negocios, instituciones de la más diversa índole y, en fin, el conjunto de todo cuanto hemos convenido en calificar de progreso. Aún así, no resulta muy arduo advertir que más allá de su fisonomía prolijamente ordenada según los reclamos del bienestar colectivo, subsiste cierto espíritu de su pasado bravo, menos en las formas externas de las cosas que en el diluido fondo de un

criollismo que se niega a despartarse por entero de las leyes que conformaron su filosofía peculiar. Dijérase que es la tierra misma la que insufla su fuerza telúrica para que Mataderos mantenga secretamente su vínculo con la historia gaucha de los paisanos de ecuestre estampa.

#### CUANDO COMENZABA EL SIGLO

Oigamos a Esteban Echeverría: "El Matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad (aquí puede aclararse por cuenta nuestra, que el lugar corresponde, aproximadamente, a las cercanías del hospital Rawson), es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa, con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge, en tiempo de lluvia, toda la sangraza seca o reciente del Matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste, está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua, con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado". El cuadro que tan vivamente pintó el autor del "Dogma socialista", es de "los años de Cristo de 183...", de manera que cabe presu-



El resero; guardián y mudo testigo del vital desarrollo del barrio



Al principio, el transporte de la carne se hacía en chatas de lento andar, pintadas de verde y con techos curvillíneos

mir que el funcionamiento del rústico macelo se prolongó hasta 1872, porque fue en este año que se inauguraron los Corrales Viejos, establecidos en el actual Parque de los Patricios.

Los Corrales Viejos, que llegaron a ser hasta escenario de algún combate militar, señalaron una etapa de superación organizativa con respecto al degomadero que Echeverría reflejó en su estupendo relato, pero no tardaría en comprobarse que eran insuficientes para satisfacer las necesidades de Buenos Aires, cuyo crecimiento, a raíz de la inmigración, se tornó desbordante con el correr de los días que siguieron a la estabilización institucional del país. Había que pensar, entonces, en instalar una planta moderna de faenamiento de reses para abastecer las exigencias de un consumo que iba ampliándose sin pausa y en la que, además, pudiera ejercerse un estricto contralor sanitario, según, implícitamente lo demandaba, el sentido incipiente de la higiene pú-



blica. El servicio de aguas corrientes y de cloacas puede anotarse como un paso concreto de lo que comenzaba a ser, por ese tiempo, la preocupación de los gobernantes. La fiscalización de las carnes vacunas, en consecuencia, también se insertaba en el plano de la inquietud municipal.

En esa circunstancia hay que buscar el origen del proyecto de construir un establecimiento que reunie-

ra las condiciones adecuadas para el importante objetivo de proporcionar al mercado, un producto sano, que sólo podía obtenerse, naturalmente, de animales incontaminados. La elección, para semejante efecto, de los terrenos en que se levantan los mataderos de hoy, no fue caprichosa. Ubicados en la ruta obligada que conducía a los campos del Sur-oeste bonaerense y fuera del movimiento más activo de la ciudad, de

la que, de hecho, estaban segregados, allí empezó a erigirse la vasta complejidad de corrales, palenques, bretes, depósitos y, en una palabra, la estructura característica de una tablada. Su habilitación tuvo efecto el 1º de mayo de 1901 y desde esa fecha ha venido proporcionando a Buenos Aires el alimento substancial de su dieta, lo mismo que una parte considerable del volumen de carne destinado a la exportación. Nada cuesta recordar que en 1929 el nombre de Lisandro de la Torre, esto es, del hombre que en un memorable debate en la Cámara de Senadores documentó uno de los negociados más vergonzosos que se hayan consumado contra los intereses nacionales.

El nuevo matadero vino a resultar el núcleo, la célula madre de una barriada extendida, a la que acaba de fijársele su contorno jurisdiccional; la limitan las calles Emilio Castro y Escalada y las Avenidas del Trabajo y General Paz. Es sencillo explicarse por que alrededor de ese centro de fuertes olores boyales se hayan emplazado triperías, fábricas de jabones, curtidurías y pequeños frigoríficos, puesto que unas y otros obtienen allí abundante materia prima, que, en este caso, no es sólo la carne sino, además, los subproductos: entrañas, sangre, cueros, cerdas, sebo, etc. De este modo, Mataderos, denominación que substituyó a la inicial de Nueva Chicago, es un verdadero emporio de riqueza y fuente de trabajo para muchos miles de personas, como si tuviese vida propia.

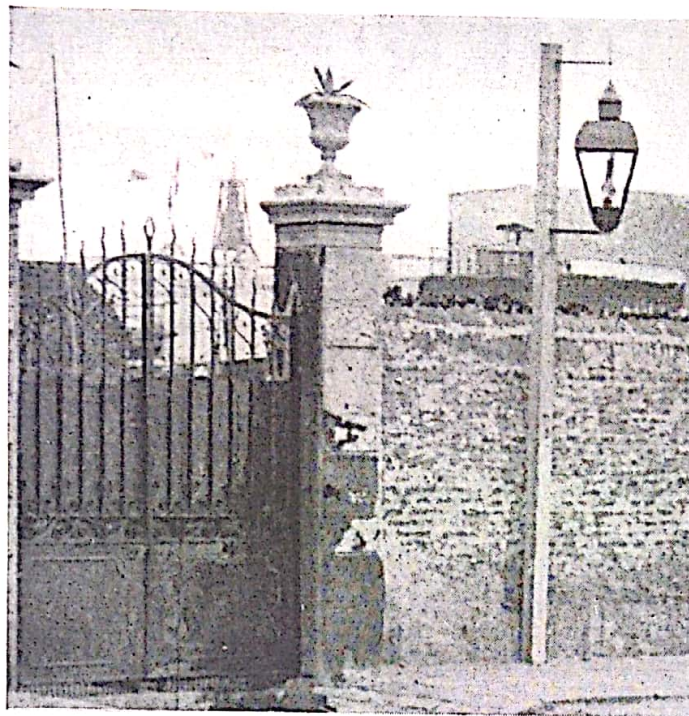
Esta, de contar con recursos locales para la subsistencia de numerosos vecinos, constituye uno de los rasgos típicos de esa porción de suelo porteño, pero puede anotarse otro no menos acentuado, como es el relativo a la fiel adhesión que guardan sus gentes a las tradiciones más genuinas de la criollidad, a ve-

ces en el porte de las cosas y con mayor frecuencia y manifestación visible, en el espíritu que sigue obediente al tiempo pretérito y del que la estatua a "El resero" del escultor Emilio Sarniguet, transparenta el significativo símbolo de los sufridos, silenciosos y temerarios troperos, inmortalizados por Ricardo Güiraldes en las páginas inmarcesibles de "Don Segundo Sombra". Andan por ahí, aún, payadores de inspiración fresca —Toto Mora, verbigracia—, guitarristas de pulso firme, cazadores de ranas, talabarteros diestros, jinetes admirables, antiguos cuarteadores que no tienen otra alternativa ahora que la de intentar en vano la recuperación de los días perdidos, como lo procuran, también, los carreros que se desafiaban a épicas cinchadas. En la vívida realidad o en la tierna nostalgia, se resisten al ostracismo todos esos personajes de leyenda que le dieron alma a Mataderos, le infundieron su particularidad social, distinta a la de todos los demás barrios de Buenos Aires.

Y quien quiera dar con los rastros de esta añorada edad juvenil de Mataderos no tiene sino que acudir a su Museo Gauchesco, en el que se han reunido piezas, testimonios, documentos, fotografías y objetos que transmiten, no obstante su inmovilidad, la sensación viva de lo que fue ese extramuro de Buenos Aires, más adicto a la rudeza y a la sobriedad del campo que a la molición y el refinamiento urbanos. La devoción es, también, una de las virtudes de sus hijos, orgullosos de la tradición que han heredado.

Pero volvamos al matadero para medir el tiempo. En 1902 se sacrificaron 647.000 cabezas vacunas y 857.000 lanares. Ambas constituían, para entonces, cifras realmente considerables. En 1966, el número de las primeras llegó a más de 4.000.000 en tanto que las de porcinos elevóse a 1.500.000; he ahí, en la sucinta referencia, el reflejo del prodigioso salto con que la ciudad y, desde luego el país, mostró el empuje de su desarrollo vital. Del mismo modo, de los procedimientos primitivos en cuanto a la matanza, se pasó a una técnica depurada que desecha el espectáculo bárbaro de las largas agonías de los animales y de los carniceros ensangrentados. Por supuesto, el hombre sigue siendo el protagonista esencial de la operación, pero las máquinas lo auxilian para que todo el proceso adquiera un dinamismo mecánico que permite comprender el singular ritmo de trabajo que es característico de su organización.

Al comienzo, el transporte de la



Mataderos: uno de los últimos faroles a kerosene

carne se realizaba en una especie de tranvía —o tranway, como se decía hasta que la palabra no fue castellanizada— del señor Garland y en aquellos carros generalmente pintados de verde, de techos curvilíneos, reconocibles desde lejos. Después, claro, al aparecer los camiones, no quedó más que el vago recuerdo de las chatas de andar lento que denunciaban su presencia, no sólo por el aspecto sino, también, por las emanaciones de su carga. Simultáneamente con los cambios que modificaban las particularidades de la faena, se registraban los de otro orden, los que hicieron de Mataderos una expresión moderna del adelanto ciudadano. Recorrer en estos días la Avenida Juan Bautista Alberdi o la de "Los Corrales", internarse por Larrazábal, Tellier, Timoteo Gordillo, José Enrique Rodó o Murguiondo, equivale, de hecho, a caminar por Flores, Caballito, la Boca, Villa Urquiza, puesto que van a encontrarse idénticas manifestaciones de un uniforme progreso: rascacielos que se han apoderado del espacio aéreo, comercios, galerías, estrépito, multitud que se desgrana en mil direcciones, ómnibus, colectivos y automóviles que marchan raudamente o frenan de golpe conmoviendo los nervios de los transeúntes.

Capítulo aparte merecen las glorias del barrio. Son dos las que aca-

paran la admiración y el fervor de hombres, mujeres y niños, no importa la condición social a que pertenezcan. Una es la, sin hipérbolo, inmortal de Justo Suárez, el "Torito de Mataderos", que escribió algunas de las páginas más brillantes del boxeo argentino y cuyo drama, entre sentimental y físico, contribuyó a rodearlo de un halo cercano al mito. Si de alguien puede afirmarse que desafía airoosamente los riesgos temibles del olvido, es de Justo Suárez, el muchacho humilde que con sus puños, su temple y su corazón se ganó el recuerdo imperecedero, aunque la vida lo derrotase con implacable saña. El otro orgullo de Mataderos se llama Alberto de Luca, un médico que, tanto como atiende a sus enfermos, no se desentiende de la emoción popular. Cura de acuerdo con los métodos científicos y, también, con su voz auténtica de tango. Porque de quien estamos hablando es de Alberto Castillo, "el cantor de los cien barrios porteños", hijo dilecto de los Mataderos, donde estuvo afincada su familia.

Podría mencionarse, todavía, a Calichio, a los cracks de fútbol que se formaron en el Club Nueva Chicago y a los jugadores de pato, que aprendieron destreza en los potreros, pero ¿a qué seguir ampliando la lista, si Mataderos ha sido siempre cuna de varones fuertes?